

Ramadan en Guatemala

Cada año celebro el Ramadan, y cada año encuentro, durante esos treinta días, aspectos que me sirven a entender mejor a mí mismo y mi sociedad

23/09/2008 - Autor: Julio Abdel Aziz Valdez

Ya han pasado más de cinco años que Allah (Alabado Sea) llegó a mi corazón, y muchas cosas han aflorado en mí, cosas que evidentemente no veía antes, o veía pero no le ponía la importancia que para un ser humano debe de tener. Por supuesto, estos cinco años no han estado exentos de errores, pero ellos han sido producto de mi condición primaria como ser humano, pero esa misma condición ha provocado que el amor a Allah llene mi corazón y poco a poco me permita avanzar en consolidar mi fe.

Cada año celebro el Ramadan, y cada año encuentro, durante esos treinta días, aspectos que me sirven a entender mejor a mí mismo y mi sociedad, a ese conjunto de personas, hombres y mujeres, que demuestran su fe en forma distinta a la mía, y como un niño me asombro de mis propias observaciones, pero eso siempre estuvo ahí.

De olores y sabores están llenas las calles

El Ramadán para un musulmán que encuentra la Mezquita más cercana a más de doscientos kilómetros de donde actualmente resido, resulta complicado finalizar el ayuno con la acostumbrada cena en común con la comunidad o con la familia, la cual igualmente se encuentra distante.

Me encuentro rodeado de hermanos en creación (cristianos) para los que el Ramadán no solo no significa nada, sino que además, a la hora de explicarlo poco entienden, ya que la costumbre del ayuno devocional hace mucho que se perdió en el mar de lo cotidiano. Alguien me dijo, “yo entiendo que una persona deje de comer para disminuir de peso, pero ¿por fe?...” en ese momento intenté explicarle a ella lo que a mí me resulta fácil de entender, “no se trata simplemente de dejar de comer y beber, Allah no desea a personas que se sacrifiquen porque sí, ¡no!, el valor del ayuno reside no solo en que las bendiciones (las cuales vemos desde que amanece, sino en la fortaleza de la fe y mi identificación con la comunidad (*Umma*)”

Las calles repletas de personas en Guatemala, desbordan los olores que llaman a las personas a comer, así se están todos los días del año, algunas fechas especiales son aprovechadas para el consumo de algún tipo de alimento en especial, tal es el caso de la Semana Santa cristiana (que ha sido reconocido como Patrimonio Intangible de la Nación, contradictoriamente Liberal), esos olores, colores y consistencias invaden mis sentidos, difícilmente puedo obviar que el mercado de alimentos está diseñado para atender al gusto, hacerlo vibrar, estremecerlo.

Ha llovido a cántaros todo el mes afuera y mi boca permanece seca y no me siento sediento,

la comida desfila delante de mí y, la lucha contra el deseo me hace más fuerte en mi fe, que está por encima de los que mis sentidos perciben, Gracias a Dios por eso.

Pero contradictoriamente, saliendo de las ciudades me adentro en la pauperizada área rural, mayoritariamente indígena, la dieta en muchos de esas aldeas es tortilla hecha con harina de maíz (*nixtamal*) y si tienen suerte, sal para acompañarla. Guatemala hoy en día es uno de los países más desiguales en América, existen lugares en las ciudades donde los restaurantes tiran la comida que no se consumió en el día, existen personas que en su vida han sufrido carencias y que igualmente no les interesa lo que pueda estar sucediendo a tan solo unos kilómetros de distancia. Según Ian Cherret representante de la FAO en Guatemala en 1996, el 49 de los niños menores de 5 años padecían de desnutrición crónica, 2.8 millones de guatemaltecos de más o menos 11 millones están subnutridos y más del 60 no tienen capacidad para adquirir la mitad de la alimentación mínima para su subsistencia.

Esa sensación de resequeidad en la boca que llevamos todos los ayunantes durante el día, el crujir del estómago cuando observamos los grandes anuncios de comida que inundan las calles y avenidas, la sudoración de manos cuando vemos al vecino degustar de sus alimentos, el notar como cada día la talla de la vestimenta disminuye ante al avance del mes, por lo tanto espero con un poco de ansiedad el avance del día para poder cumplir con mi obligación como musulmán, pero esa obligación no es dejar de comer o beber, es poder estar consciente de que el hambre es un mal acompañante, que en las garras del hambre en Guatemala se ha comprometido el futuro de millones de niños que en sus primeros años no pudieron alcanzar peso y talla, esos serán por siempre mano de obra no calificada y reproducirán ese mal durante generaciones más.

El Ramadan más allá del Ramadán

Esta no es la celebración del dejar de comer, para comer más después de la caída del sol, es además sentir en carne propia no solo las injusticias que nuestro propio mundo vive, de acercarnos a esa realidad que pasa por los televisores, ésta es la cualidad más hermosa del Musulmán que nos heredó Allah para que pudiéramos acercarnos a lo sublime de la creación.

En mi mente se repite lo que el Corán nos dice: "¡Oh, creyentes! Se os prescribió el ayuno al igual que a quienes os precedieron, para que alcancéis la piedad" (2:183), la piedad del que teniendo la bendición de la vida pueda sentir la vida de los demás y actuar en consecuencia.

A esos musulmanes que haciendo alarde de sus riquezas se llenan de oro y suntuosidad, compran equipos de fútbol millonarios y, luego practican el ayuno más por tradición que por elevación espiritual, han cambiado su adoración hacia Dios y, lo sustituyeron por el dinero, pero la voluntad por alcanzar el valor humano de la piedad puede más.